

Exposición de los rasgos más sobresalientes de un fenómeno cuyo fin es el control de un universo social, dado a través de la intimidación que inducen los actos de terror. El diseño de esta política se sustenta en principios extraídos de la Psicología Social. La versión original de estas notas se presentó como trabajo de diploma para optar por la licenciatura en la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana en 1981, y fue dirigida por el Lic. Juan Valdés Paz (CEA) y la C. Dr. Ángela Casaña (Facultad de Psicología, U. H.).

Reflexiones sobre la política del terror: el caso de Guatemala

El investigador del Centro de Estudios sobre América, Redi Gomis (1957), María Dolores Romillo (1957) e Isabel Rodríguez (1956) son licenciados en Psicología Social.

Ya no hay mecanismos militares ni de represión, por muy crueles y sofisticados que sean, desarrollados por las agencias de inteligencia de los Estados Unidos, capaces de contener la insurgencia de los pueblos.

¿Quién puede evitar que más tarde o más temprano nuestros pueblos luchen? No durará eternamente la opresión, no imperarán eternamente el terror y el miedo. El despertar de los pueblos ha llegado a ser más temible que todo lo ideado por los opresores para someterlos. Hay que estar ciego para no verlo.

¡A más tiranía interna, a más opresión imperialista, más rebelión!

¡Y esta rebeldía será invencible!

Fidel Castro Informe Central al Segundo Congreso del PCC

Al acercarnos al estudio del terror, entendiéndolo como un fenómeno sociopolítico determinado por el auge de la lucha de clases, lamentablemente se constata que ha sido relativamente muy poco estudiado.

Se hace necesario diferenciar los estudios hechos desde instituciones cuyos objetivos son perfeccionar las bases de la implementación del terror, de los estudios realizados al margen de estas instituciones.

Naturalmente, los primeros son más numerosos, pero por medidas de seguridad la información obtenida internamente no debe trascender los marcos de la institución que promueve este tipo de investigación, ya sea la CIA o cualquier institución similar. Por ello, al plantear que ha sido relativamente poco estudiado, nos referimos a los estudios desde fuera.

Los pocos trabajos existentes abordan la problemática desde diversos ángulos y lo hacen con distintos y a veces contradictorios objetivos.

Sobre todos estos científicos e investigadores que intentan estudiar el fenómeno del terror pesa una constante amenaza. Por eso consideramos verdaderos héroes de la ciencia a aquellos que se acercan a su examen con claros objetivos revolucionarios.

Que sirva nuestro trabajo, pues, como un reconocimiento a su arriesgada y meritoria labor.

Nos proponemos analizar las características más sobresalientes del proceso de terror y ayudar, en alguna medida, a la comprensión del fenómeno en nuestro medio.

Asimismo, tratamos de señalar y analizar algunos factores que suponemos han influido en las variaciones que ha sufrido la efectividad de la política de terror.

De ahí que este trabajo esté estructurado en dos partes. En la primera se analiza generalmente el origen del terror, las formas y características relevantes del proceso; la segunda parte contempla el planteamiento de una situación problemática y un intento de explicar el fenómeno.

EL TERROR COMO FENÓMENO SOCIOPOLÍTICO

El régimen de terror aparece cuando la clase dominante (el Estado) pierde fuerza ideológica, pero quiere conservar sus privilegios. Entonces tiene que recurrir cada vez más a medidas de dominación física ante cualquier intento de cuestionar su poder. Esto ocurre, según Gabriel Aguilera Peralta, cuando la lucha de clases en el plano político alcanza un nivel superior y se manifiesta como lucha armada. Se trata del terror como una manifestación o faceta radicalizada de la violencia institucional y/o de la propia clase dominante; y que, cuando hace su aparición la guerrilla, se manifiesta como una estrategia de contrainsurgencia.

En el marco de la dinámica de la lucha de clases, tanto a nivel local como internacional, y del papel que en ello cumple el Estado, es que se debe comprender el surgimiento y comportamiento de este fenómeno.

Las distintas formas que adopta el terror a través del tiempo responden, sobre todo, a las formas que va adoptando la lucha de clases. Así, va cambiando no sólo el objetivo directo de la represión y la violencia políticas, sino además las maneras en que éstas se van manifestando.

La práctica de terror no es nueva en la historia de la humanidad. En realidad, existe desde que hay lucha de clases, Estado e intereses antagónicos que defender.

Se puede asumir que cuando se reprime violentamente cualquier intento que sea considerado hostil por la clase en el poder, o que ponga en peligro sus sagrados “derechos”, este acto de extrema violencia no sólo tiene un efecto inmediato sobre aquellos que realizaron la acción revolucionaria, sino también un impacto mediato sobre todas aquellas personas que se identifiquen con los últimos. Este efecto mediato se traduce en el miedo y en el repliegue, ya sea a nivel individual o a nivel social.

Por ello la aplicación de medidas de violencia extrema para reprimir una acción que cuestione el poder de la clase dominante, siempre produce un remanente de terror que se transfiere al universo social de las clases reprimidas, obligándolas a la sumisión.

No siempre ocurre así, por supuesto; pero sí es lo general, al menos ante el primer impacto y mientras no se tomen medidas para contrarrestar cualquier repetición de similares acciones.

Esta forma de terror se aplica cuando las fuerzas contrarias al régimen actúan abiertamente y el Estado también tiene la posibilidad de reprimir y aplicar la violencia de modo directo. Esto es lo que llamamos terror espontáneo, no en el sentido que aparezca sin condicionalidad objetiva, sino en el sentido de que no fue planificado; o sea, que se basa en conocimientos empíricos e intuitivos y no se enmarca en un plan preconcebido de acciones represivas.

LA POLÍTICA DEL TERROR

El terror asume la modalidad de política cuando los que aplican la violencia extrema organizan y sistematizan las acciones represivas dentro de un programa o estrategia cuyos objetivos están bien definidos.

Generalmente esta estrategia —que en el caso de Guatemala se ha convertido en la médula de la actual política de poder—, aparece con la guerrilla.

Por las condiciones de existencia y por las formas de operar, la batalla frontal y convencional contra la guerrilla por parte del ejército regular del Estado es prácticamente imposible, aunque no está descartada dentro de la contrainsurgencia.¹ Sin embargo, una cualidad sine qua non de la guerrilla —que representa, según Ernesto Che Guevara, la “gran fuerza” de la misma—, es el apoyo de la población. Esta cualidad de la guerrilla no escapa a los ideólogos norteamericanos, que tienen la misión de luchar implacablemente contra cualquier intento de liberación nacional. Como se consigna en el Manual de la Escuela de Guerra Especial de los Estados Unidos, la población “debe suministrar alimentos, medicinas y otros artículos; trabajo, escondites seguros, transporte, apoyo médico y el potencial humano para la guerrilla. Además, los miembros de la comunidad civil deben actuar como guardias locales e integrar las redes de alarma e inteligencia”.²

Es de suponer que esta base social de la guerrilla —que desde el punto de vista enemigo se va ampliando hasta incluir no sólo a quienes prestan su ayuda y servicios a la guerrilla, sino también a todo el que potencialmente pueda hacerlo—, constituya la parte más vulnerable de un movimiento revolucionario guerrillero.

Sobre esta base social se centra actualmente en Guatemala la represión y el terror. En los inicios del gobierno del presidente Julio César Méndez Montenegro, en 1966, comienza a implementarse el terror como táctica de contrainsurgencia introducida por la asesoría militar norteamericana.

Han existido períodos en los que se intensifica desmesuradamente la violencia en el país. A estos períodos se les ha llamado, metafóricamente, “olas de terror”; pero esta distinción es válida exclusivamente desde un punto de vista metodológico, ya que siempre ha existido una continuidad de la violencia en el país.³

¹ La contrainsurgencia contempla tres tipos fundamentales de operaciones, según sus objetivos: a) neutralizar al movimiento guerrillero; b) controlar la población y los recursos, interrumpiendo el apoyo de la comunidad a los guerrilleros; y c) mejoramiento ambiental, dando la imagen de que las fuerzas armadas contribuyen al desarrollo nacional."

² Aguilera Peralta, Gabriel: "Violencia y contraviolencia en Guatemala". Trabajo Inédito presentado al Concurso Casa de las Américas, 1980.

³ El autor antes citado ha podido Identificar cuatro olas de violencia en el país.

Volviendo un tanto atrás, debemos aclarar que lo que hemos denominado terror espontáneo y política de terror no son excluyentes, sino que pueden coexistir en un mismo espacio y tiempo, como indudablemente ocurre en Guatemala. Las criminales matanzas de indígenas en Panzós, la incineración de indios y campesinos en la embajada de España el 31 de enero de 1980, las masacres a aldeas enteras, los asesinatos de hombres, mujeres, ancianos y niños constituyen ejemplos que demuestran la represión abierta ante los actos considerados hostiles por los que dominan el país.

Las diferencias en las formas de aplicar el terror no sólo responden a un refinamiento de los métodos, sino también a las modalidades que adopta la lucha de clases. Varían no sólo los métodos empleados, sino que se desplaza el centro de atención sobre el que cae el golpe, aunque por otra parte los elementos esenciales del proceso de terror siguen siendo los mismos.

OBJETIVOS DE LA POLÍTICA DEL TERROR

Con la táctica de dominación por medio del terror no sólo se pretende la eliminación física directa de aquellos que están causando problemas objetivos al régimen o de los sectores sensibles del pueblo que potencialmente puedan causarlos.

El objetivo primario del terror es el control de un universo social dado a través de la intimidación inducida por los actos de destrucción.⁴

Específicamente, en las condiciones en que está presente en el panorama político la lucha guerrillera, los esfuerzos se centran en golpear y controlar la base social de la misma, intentando cortar la ayuda o la posible ayuda que esta base social le pueda brindar al movimiento guerrillero.

Además de amedrentar al blanco y quebrarle su voluntad de lucha, suponemos que las acciones de terror pretenden concentrar sobre todo este universo social —tanto a nivel individual como medio—, todo un conjunto de presiones sociopsicológicas que impongan un freno a una posible actividad política de simpatía hacia el movimiento revolucionario. Entre éstos tendremos:

- el conocimiento de que si muere, dejará desamparados a esposa (o), hijos y otros familiares,
- temor a cualquier represalia contra familiares y/o amigos,
- presión directa sobre familiares y/o amigos para que se abstengan de realizar cualquier actividad “comprometedora”.

PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA DEL TERROR

De lo dicho hasta aquí, podemos derivar que la política de terror se fundamenta en dos principios básicos:

⁴ Aguilera Peralta. Gabriel: "Efectos cuantitativos de la política del terror del Estado guatemalteco en relación al movimiento popular". En: Estudios sociales centroamericanos, sept-dic, 1980, año IX. no. 27 (número extraordinario), p. 219.

1. Que los actos de extrema violencia encuentren su reflejo en otras personas de la comunidad social, provocando altos niveles de temor al sentir la posibilidad de que les suceda lo mismo si realizan cualquier actividad dirigida a alterar el *statu quo*.
2. Que el temor inhibe cuando aparece en dosis superlativas.

Gabriel Aguilera Peralta afirma que “el terror opera en base a un principio de psicología social, según el cual el temor, en un grado muy elevado, provoca efectos inhibitorios tanto a nivel individual como al nivel medio en el seno de un grupo”.⁵ Por su parte, el Comité Guatemalteco de Lucha por la Paz considera que la implantación del sistema de terror se sustenta en los análisis de la psicología conductista, que busca el establecimiento de pautas colectivas guiadas por el castigo y el temor.

Las concepciones del conductismo ya han sido sometidas a análisis y abundantes críticas que aquí no vamos a repetir. Sólo queremos agregar una cuestión que guarda un estrecho vínculo con los propósitos de este trabajo. Si bien es cierto que el temor provoca efectos inhibitorios, este planteamiento no recoge, sin embargo, toda la verdad. Se ignora que existen valores ideológicos y morales que configuran el nivel más alto de la jerarquía individual, que mediatizan el resto de los impulsos del hombre y lo que pueden llevar a asumir una actitud ante la amenaza muy distante de la inhibición. Más adelante veremos este aspecto con más detalle.

EL PROCESO DEL TERROR

Según Eugene V. Walter, un psicólogo e historiador norteamericano, el proceso de terror es un sistema integrado por tres personajes: la fuente, la víctima y el blanco.⁶ Seguidamente veremos cada uno por separado y trataremos de determinar, según los datos de que disponemos, las manifestaciones concretas del proceso en Guatemala.

a) Fuente

La fuente o equipo del terror se descompone en el directorio —o sea, los hombres que diseñan, inician, definen y justifican el terror—, y los agentes de la violencia o ejecutores, que llevan a cabo las órdenes y efectúan los actos de destrucción. Existen evidencias de que el directorio del proceso de terror que vive Guatemala es el propio Estado, con la complicidad absoluta de la oligarquía local y el asesoramiento del imperialismo internacional. De ello han dado cuenta infinitas denuncias — algunas de relevante peso— de agentes infiltrados en las altas esferas del gobierno, como es el caso de Elías Barahona Barahona, quien fuera secretario del Ministro de Gobernación en el gobierno del presidente Romeo Lucas. Un cable fechado en Ciudad de Panamá por la agencia de prensa I.P.S., comentaba:

⁵ Aguilera Peralta, Gabriel: “El Estado, la lucha de clases y la violencia en Guatemala”. En: Estudios sociales centroamericanos. mayo-agosto. 1979. año VIII. no. 23. p. 85.

⁶ Cit. por Gabriel Aguilera Peralta en “El proceso de terror en Guatemala” [folleto mimeografiado], p.66.

En cuanto al origen y funcionamiento del terror de derecha, FRENTE ⁷ asegura dos cosas: que las bandas paramilitares son una creación de los gobiernos guatemaltecos (...) y que las acciones de los mismos son planeadas por la alta oficialidad del Ejército.⁸

A este respecto la publicación recuerda las denuncias reiteradas sobre un organismo denominado “la caja negra”, instancia que decide las tareas de secuestro, ejecución y amedrentamiento a nivel nacional.

Según el periódico, ese organismo consta de siete personas, que son: el Jefe del Estado Mayor del Ejército, un Coronel con mando en la capital, el Jefe del G-2 (inteligencia), de las Fuerzas Armadas, el Jefe del Estado Mayor Presidencial, un asesor norteamericano de origen puertorriqueño y un representante de la empresa privada guatemalteca.

Con relación a los ejecutores, Peralta subraya que el terror puede ejercerse por medio de mecanismos regulares del Estado o a través de unidades especializadas que actúan al margen de la legalidad establecida: las unidades irregulares o paramilitares.

La autonomía de estas unidades operativas ha sido cuestionada reiteradamente.

Incluso en Coyuntura se afirma que éstas no son más que mambres que manipula el propio gobierno según principios de la táctica.⁹

En última instancia debemos admitir la estrecha vinculación existente entre estas bandas y la alta oficialidad, que les suministra armamentos y les permite amplio radio y libertad de acción.

Estas unidades han operado bajo veintinueve denominaciones diferentes, alcanzando algunas de ellas fama mundial, como el caso de la “Mano Blanca”.

La composición real y las formas de operar de estas agrupaciones resulta todavía muy difícil de investigar, ya que toman sustanciales medidas de clandestinidad y de seguridad con el fin de mantener y garantizar su carácter secreto.

Todo ello da la posibilidad al gobierno de simular el grave costo político que lo contrario tendría, salvaguardando su imagen internacional, además de que se puede presentar como víctima de las pugnas entre “grupos de extrema”, y con la justificación de tomar medidas para “pacificar” el país, diseñar una campaña de represión más abierta contra la izquierda.

b) Víctimas y blancos

Ambos son objetos del terror. Sin embargo, mientras la víctima perece, el blanco reacciona al espectáculo de la destrucción de la víctima con distintas formas de inhibición y acomodamiento. Cualquiera puede convertirse en blanco, pero el sistema necesita una selección regular de víctimas.

La víctima es el objeto directo del terror y se elige de acuerdo con el esquema general de la estrategia. Siempre es deseada, bien sea en función de la importancia

⁷ Se refiere al periódico que publica el Frente Democrático contra la Represión en Guatemala.

⁸ Cable de la Agencia de Prensa IPS fechado en Ciudad de Panamá, abril de 1981.

⁹ Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA): Coyuntura, noviembre, 1978

que tenga en sí misma o en función del segmento social (blanco) que se quiera intimidar.

Los estudios de Aguilera Peralta comprobaron que los más afectados por la represión son, por un lado, los sectores populares —lo que pone en evidencia el carácter clasista de la represión— y, por otro, aquellos departamentos del país donde existen focos de actividad guerrillera.

El blanco es el objeto final e indirecto del terror, y sobre él recaen no las acciones directas, sino el efecto de esas acciones sobre las víctimas.

c) Momentos en el proceso del terror

Según Walter, el proceso tiene tres momentos fundamentales: acto o amenaza de violencia, la reacción emocional y los efectos sociales.

El acto o amenaza de violencia se refiere al acto o a la promesa de infligir un daño físico o moral de tal magnitud que provoque miedo extremo.

Los grupos terroristas promueven, en general, seis tipos de acciones fundamentales: amenazas, atentados, secuestros, torturas, asesinatos y abandono de cadáveres.

Por lo regular estas acciones no están desvinculadas entre sí. Aunque pueden producirse aisladamente, casi siempre tienen una sucesión lógica.

La reacción emocional y los efectos sociales se refieren respectivamente a la consabida reacción de temor que provoca la inhibición de la capacidad de resistencia o de oposición, y a la estructuración de una esfera de relaciones que abarca a todos los habitantes de un universo social que está controlado por la dinámica del proceso del terror.

POLÍTICA DE TERROR Y DIFUSIÓN DE LOS CRÍMENES

Para lograr el deseado impacto sobre el blanco resulta necesario hacer públicos los resultados de los actos terroristas. Por esta razón los atentados son “aparatosos”, con gran despliegue para llamar la atención, y los cadáveres se abandonan en lugares públicos, donde puedan ser vistos por un buen número de personas.

El propósito radica justamente en demostrar la seriedad de las amenazas. En esta parte de la política desempeñan un importantísimo papel los medios masivos de difusión, encargados de divulgar el efecto de los crímenes con el fin conscientemente calculado de manipular desde el punto de vista psicológico al mayor número de personas posible.

Este aspecto de la táctica de terror se ha estudiado poco y sería interesante que estudios posteriores insistieran en él.

EL PROCESO DE TERROR VISTO COMO UN MODELO DE COMUNICACIÓN

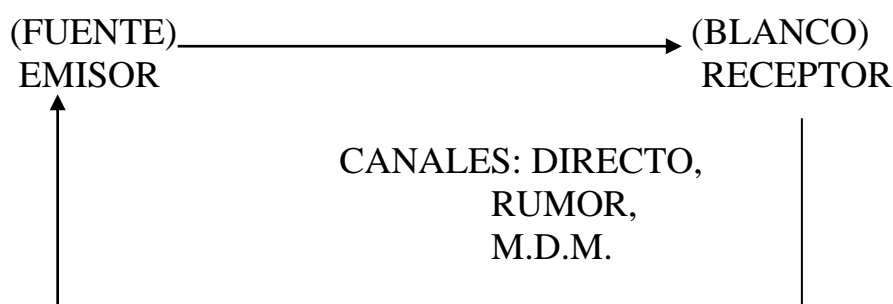
Consideramos legítimo contemplar el proceso de terror bajo la concepción de la comunicación humana (ver figura 1). La víctima, además de ser querida en sí misma, cumpliría la función de ser el medio a través del cual la fuente le envía al blanco que se quiere impactar un mensaje implícito en la violencia cometida sobre ella. Este

mensaje no apela a la racionalidad, sino que se fundamenta en un código construido para una lectura emocional.

La retroalimentación de los efectos causados por el envío del mensaje se busca en el nivel de insurgencia, determinado por el conjunto de acciones armadas y las acciones de masas.

FIGURA 1

MEDIO: (VICTIMA)



RETROALIMENTACIÓN
(NIVEL INSURGENCIA)

TÁCTICA DEL TERROR

Buscando ampliar el impacto sobre el posible blanco del terror, existe una serie de requisitos que deben cumplir la fuente, las víctimas, las acciones y amenazas.

Aguilera Peralta menciona cuatro de estas condiciones, que él denomina “elementos de la táctica”.¹⁰ Intentaremos exponer a continuación en qué consiste cada uno, según lo entendemos nosotros. Todos deben verse en un doble plano objetivo y subjetivo.

1. Relativo carácter indiscriminado

Para una mayor efectividad del proceso de terror se requiere que todos los individuos que componen la comunidad-objeto del terror estén envueltos, de una u otra forma, actual o potencialmente, en dicho proceso. “La fascinación del miedo extremo” —plantea Aguilera Peralta— “sólo opera cuando se establece la posibilidad de que cualquiera sea víctima”.¹¹

En este problema se debe diferenciar, por un lado, la indiscriminación objetiva, real; y por otro, la percepción que se tiene del carácter indiscriminado del proceso.

¹⁰ Aguilera Peralta, Gabriel: “El Estado, la lucha de clases y la violencia en Guatemala”, En: Estudios sociales centroamericanos, mayo-agosto, 1979, afta VIII, no. 23, p. 71.

¹¹ Aguilera peralta. Gabriel: “El proceso de terror en Guatemala” (folleto mimeografiado), p. i7.

Hay razones que hacen suponer que en la selección de las víctimas siempre se discrimina a nivel del directorio de la fuente, en la estructuración de su composición social y geográfica, en dependencia de los sectores más activos o los lugares donde opera la guerrilla. Como en la selección individual de las víctimas, se busca el efecto de indiscriminación.

Claro que ésta discriminación en la selección de víctimas obedece en mucho a las limitaciones de control por parte de la fuente de quiénes son los que colaboran con la guerrilla y quiénes no. Por esta causa a veces existe cierto grado de arbitrariedad. Un nuevo rango de arbitrariedad se introduce con la libertad de acción que tienen los grupos operativos, quienes aprovechan su calidad de agentes secretos para saldar cuentas personales.

La percepción de cierta arbitrariedad le es necesaria objetivamente al proceso; sin embargo, creemos que la indiscriminación debe moverse dentro de ciertos límites. De lo contrario dejaría de ser eficaz. Sería interesante investigar la relación existente entre el grado de indiscriminación y la fuerza del mensaje para el blanco.

2. Desproporción entre la acción revolucionaria y la reacción contrainsurgente

En esta condición se deben diferenciar dos tipos. Un primer tipo se refiere a la desproporción cualitativa. En este caso nos referimos específicamente a la tortura. La tortura se ha convertido en un elemento esencial dentro de la política de terror y persigue el objetivo de maximizar los efectos de la violencia. Con la tortura, se suma el terror a la muerte, el riesgo del tormento previo, llevando así al máximo la intimidación sobre los blancos.

Por eso, incluso, a veces se sigue mutilando a la víctima después de muerta, tratando de incrementar el terror reflejo provocado de los blancos. Realizan este “trabajo” sobre las víctimas con un verdadero “lujo de violencia”.

No debe manejarse este problema de la tortura solamente como una manifestación psicopatológica de sus autores intelectuales o de quienes se deleitan en ella. Se debe comprender fundamentalmente como un ejercicio con vistas a una manipulación psicológica sobre todo el conglomerado social.

Existe un segundo tipo de desproporción, referida a las matanzas masivas, que ante todo se cobran en número de víctimas. Este sería un tipo de desproporción cuantitativa.

En ambos casos se busca multiplicar el terror del blanco como consecuencia de la exagerada magnitud del daño que podría materializarse en él.

3. Impunidad para la fuente

La impunidad consiste objetivamente en la falta de castigo por la acción que se comete. Por esta razón los ejecutores de los actos terroristas deben tener la convicción de que, primero, no recibirán sanción alguna por parte del Estado; y segundo, que su no identificación y secretividad los hace inmunes a la venganza de los revolucionarios.

Es esta la explicación de que estos grupos puedan llegar a los extremos más violentos sin asumir ninguna responsabilidad y actuar con un “radicalismo” vedado a la acción del Estado.

4. Carácter indefenso de las víctimas

Este requisito de la táctica está muy relacionado con el anterior.

El aspecto objetivo de la indefensión está determinado por la imposibilidad práctica de evitar el daño. El sentimiento de indefensión e inseguridad se refuerza por la absoluta impunidad de que gozan los ejecutores y por la confusión que provoca el no saber con exactitud quiénes son estos y hacia dónde y cuándo van a golpear.

Estas dos últimas tácticas tratan de lograr el más fuerte sentimiento de vulnerabilidad al daño en los blancos. Los cuatro elementos de la táctica se encuentran muy relacionados entre sí, y todos deben manifestarse al unísono. De lo contrario, no se alcanzarían los efectos deseados.

Suponemos, además, que de todos los elementos el fundamental sea el relativo a la indefensión de las víctimas. Si el sujeto tiene la posibilidad de defenderse, de evitar el daño, aumentaría su seguridad, ya que sabe cómo proceder en la práctica para evitar que sobre él se consuma un acto de terror.

II

Un análisis somero de la violencia que azota a Guatemala desde 1954, partiendo de una perspectiva histórica, nos revelaría que entre 1966 y 1967, cuando se inicia la implementación de la política de terror como táctica contrainsurgente, existe concomitantemente una reducción en los niveles de la lucha guerrillera y del movimiento revolucionario.

Se han señalado numerosos factores como causas que determinaron la disminución de la actividad guerrillera en ese entonces. Entre éstos se mencionan frecuentemente la falta de madurez ideológica, ausencia de una dirección política eficaz, problemas de organización e indisciplina, falta de cohesión entre los diferentes grupos guerrilleros, disensiones en las filas insurgentes, infiltraciones del enemigo, superioridad numérica y en armamentos del ejército, así como la brutal ofensiva desatada por el gobierno del Lic. Julio César Méndez Montenegro con la introducción de novedosas técnicas de contrainsurgencia implementadas y dirigidas por los Estados Unidos. Tenemos así que el impacto causado por el ejercicio del terror representa un factor que también tuvo que ver con el retroceso de los grupos guerrilleros y con el reflujo del movimiento de masas.

Con el tiempo se ha notado la reanimación de la lucha armada y de los movimientos de masas que en la actualidad están en pleno auge, en su proceso de desarrollo.

Esto se expresa no solamente en el crecimiento de las filas insurgentes que, además, como caso *sul generis* han logrado incorporar plenamente a la lucha a los indígenas, y en la apertura de nuevos frentes de lucha en lugares donde antes no existía esta actividad.

Han aparecido nuevas organizaciones político-militares y se han incrementado sus niveles de organización y coordinación hasta proclamarse, en enero de 1982, la unidad de cuatro de los principales movimientos revolucionarios, lo cual es un extraordinario paso de avance en el camino tan difícil de la revolución.

Por otra parte se han activado los movimientos de masas obreras, campesinas, indígenas, intelectuales, etc., y han aparecido también frentes populares —integrados por organizaciones sindicales, estudiantiles, religiosas—, en un esfuerzo por denunciar y enfrentar el terror. Todo esto revela que se ha ampliado la base social que sostiene a la guerrilla y las organizaciones que se enfrentan directamente al régimen.

Aguilera Peralta sostiene que cuando el terror es desafiado, al régimen no le queda más remedio que aumentar las dosis de violencia.¹² Atrapada en su misma lógica, la espiral de violencia continúa subiendo a fin de compensar por la fuerza bruta el terreno ideológico que paulatinamente pierde en esta dialéctica. La dominación de clases en la actualidad descansa únicamente en la capacidad represiva de un Estado que ya no puede mantenerse sin el empleo de la política del terror.

Esta situación conduce a plantear el siguiente problema: ¿qué factores inciden en la situación global y hacen posible la reducción de la efectividad de la política de terror? ¿Qué está sucediendo? ¿Ya el terror no provoca miedo o es que ya el miedo no hace retroceder?

No pretendemos ser exhaustivos en nuestro análisis ni formular una teoría general acerca de los factores que actúan sobre esta problemática.

Estas líneas sólo constituyen una tentativa de profundizar en el fenómeno, fundamentalmente desde el punto de vista sociopsicológico, sin contar con el antecedente de una bibliografía especializada y apropiada al tema en cuestión. Una serie de posiciones teóricas de autores de reconocido prestigio; consideradas a la luz de las condiciones específicas del fenómeno guatemalteco, permiten adelantar algunas posibles explicaciones.

Es probable que existan tres grupos de factores que estén influyendo en la pérdida de efectividad del proceso de terror desde esta perspectiva. Estos son: factores relativos a la práctica de la propia política del terror; factores relativos al movimiento revolucionario y factores relativos al propio sujeto guatemalteco.

Veamos seguidamente cada uno de ellos.

1. FACTORES RELATIVOS A LA PRÁCTICA DE LA POLÍTICA DEL TERROR

a) Por el carácter sumamente elevado de la intensidad del proceso

Primeramente, la intensidad debe verse en su doble aspecto cualitativo y cuantitativo. Cuantitativamente nos referimos al número de hechos violentos registrados. La vertiente cualitativa está referida a la escala de destrucción en que ocurren semejantes hechos.

¹² Aguilera Peralta, Gabriel: Op. cit., p. 69.

Según I. L. Janis, un investigador del grupo de Vale, el temor es una excitación emocional anticipatoria basada en alguna medida en la reflexión premeditada, aumentando o disminuyendo dicha emoción en la medida en que los signos de amenaza externa aumentan o disminuyen.

Un aspecto importante a considerar en su concepción es lo relacionado con la proporcionalidad que guarda el nivel de miedo refleja con la probabilidad percibida de que se materialice un suceso dañino y la magnitud anticipada del daño, aumentando o disminuyendo dicho temor en dependencia de la información que el sujeto reciba sobre su vulnerabilidad al daño.

Sin disponer de la suficiente información que nos permita argumentar concretamente la veracidad de los hechos, podemos avanzar que el terror reflejo de los sectores populares guatemaltecos, blancos del proceso de terror, debe ser realmente grande. Nos basaremos para apoyar la explicación en el comportamiento de los elementos tácticos.

La percepción del carácter indiscriminado de las acciones terroristas, al abrirse el abanico de las categorías de las víctimas asociado con el incremento de la intensidad numérica de la violencia, hace que todos se sientan víctimas potenciales, con la probabilidad muy cercana de que un daño similar se materialice en ellos.

Por otro lado, la magnitud anticipada de ese daño es enorme, como ya hemos visto. Estos dos factores, al conjugarse, provocan un elevado terror. Además, la indefensión de las víctimas, junto con la absoluta impunidad de que goza la fuente, tiende a aumentar el sentimiento de vulnerabilidad en el blanco, lo cual multiplicaría el nivel de terror y lo haría sumamente alto.

De continuar analizando la construcción teórica de Janis, notamos que más adelante se plantea que entre la tendencia a cumplir con las recomendaciones de la fuente generadora de terror y el nivel de temor mismo, existe una relación no monotónica, de manera que, por tanto, al rebasar el nivel óptimo de amenaza y temor reflejo provocado en el individuo, disminuye la aceptación y la efectividad persuasiva del mensaje de la fuente.

También, según Janis, entre las consecuencias que provoca el temor elevado aparece el desarrollo de una hipervigilancia indiscriminada en busca de signos de peligro y la búsqueda de seguridad y protección.

Algunos observadores han apuntado este desasosiego. Incluso un combatiente guerrillero testimonió que un simple frenazo provocaba un gran desorden de automóviles y transeúntes que corrían en diferentes direcciones.

La búsqueda de seguridad y protección deben encontrarla, ante todo, en el desarrollo de métodos de defensa colectiva ante el enemigo común.

Ante el desafío del terror, el Estado incrementa cada vez más la intensidad de la violencia y cree paralizar con ello la creciente insurgencia del pueblo guatemalteco.

b) Por su carácter extensivamente indiscriminado

Un relativo carácter indiscriminado le es necesario a la táctica, como hemos visto anteriormente. Además, resulta imposible evitarlo.

Cuando la arbitrariedad en el ejercicio del terror se acentúa en extremo, a la larga el proceso pierde su sentido. Desaparece entonces la relación de apoyo o simpatía hacia el movimiento revolucionario —castigo con la muerte— en su lugar sólo queda el panorama de la tortura y la muerte, sin aparente vinculación con previas acciones “comprometidas”.

La lógica gubernamental radica en que si alguien no es partidario del régimen no es enemigo de los revolucionarios, y entonces se convierte, de hecho, en un peligro potencial. Así, se ve el fantasma del comunismo en cualquier manifestación o dejación que no apoye al régimen establecido.

A largo plazo, esto se ha convertido en un boomerang. La posibilidad de ser víctima casi se convierte en una certeza. Quedan a las personas “no beligerantes” sólo dos alternativas a escoger, esperar la muerte o combatir el terror en su propio origen. Con gran probabilidad la decisión será favorable al brazo izquierdo de la balanza. Esta situación, mantenida en el tiempo, coadyuva a la radicalización del blanco y conspira contra la propia política.

c) Por su carácter mantenido

Desde que comenzó a implementarse la estrategia de terror en Guatemala, el proceso de terror que envuelve al país se ha mantenido siempre presente, aunque con ciertas variaciones temporales en cuanto a su intensidad, que desde cualquier ángulo que se miren no se aprecian como esenciales. Los períodos de intensificación del terror coinciden siempre con la reanimación y auge del movimiento revolucionario y de masas.

Paul Fraisse, un renombrado psicólogo francés, analiza las situaciones que más frecuentemente generan emociones y destaca que estas “situaciones conmocionantes” no existen en términos absolutos, sino que dependen de la relación que se establezca entre el monto de la motivación generada y las posibilidades de adaptación del sujeto.¹³

La emoción se produce frecuentemente porque el sujeto no sabe o no puede encontrar una salida viable y adecuada a la situación.

Fraisse clasifica estas situaciones conmocionantes en tres grupos: Lo nuevo, lo insólito y lo súbito, partiendo del hecho de que muchas situaciones tienen la característica de incluir estos tres elementos.

Lo nuevo. Es la situación ante la cual nada nos ha preparado para hacerle frente.

Lo súbito. Se refiere a la situación sorpresiva. Existen posibilidades de adaptación, pero lo imprevisto del momento impide ponerlas en práctica.

Lo insólito. Existen situaciones que aunque se repiten continuamente generan emoción porque no existe el modo de eliminar el carácter conmovedor de las mismas. A éstas se agregan las que siempre se mantienen cargadas de incertidumbre. Según estas consideraciones, el terror desatado en los inicios de 1966, con todas las características analizadas más arriba, enfrentó súbitamente a la sociedad

¹³ Fraisse, Paul: “Las emociones”. Folleto editado por la Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

guatemalteca con un fenómeno novedoso e insólito, provocando con seguridad confusión y temor generalizado en la población.

El carácter insólito no debe haber desaparecido aún, pues aunque la situación se haya prolongado en el tiempo, no es humanamente posible adaptarse a ella, por lo que debe continuar manteniéndose cargada de emoción e incertidumbre.

Sin embargo, en el sentido social y no sólo en el estrictamente personal, el carácter súbito ya no se mantiene y, en consecuencia, la situación se torna menos sorpresiva. La cotidianidad de hechos de terror genera expectativas con respecto a que ocurran nuevamente otros hechos, lo que hace que al ser éste suceso esperado, no sorprenda. La permanencia en el tiempo del proceso de terror ha determinado que pierda para los sujetos el carácter novedoso. Esta situación favorece entonces la reflexión sobre el fenómeno por parte de las masas y de las organizaciones revolucionarias, las cuales han ido ganando experiencias con relación a las formas de contrarrestar los efectos provocados por el golpe de terror. Según Coyuntura se debe asumir que siempre aparecen esos efectos, pero que ese impacto “es menor en quienes están organizados y en quienes han vivido la experiencia de la represión en otros momentos”.¹⁴

Esta pérdida de lo súbito y lo novedoso de la situación facilita las posibilidades de lucha contra este fenómeno, proceso en el cual el sujeto resuelve realmente un dilema expresado no a título universal, sino respecto a su propia existencia.

2. FACTORES RELACIONADOS CON EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

a) La existencia misma del movimiento revolucionario

La constatación de la existencia del movimiento revolucionario y su permanencia, junto a la cruenta represión que domina todo el panorama político, determinan una percepción especial y concreta sobre la incapacidad de sus diseñadores y ejecutores para liquidar la insurgencia. Se evidencia su ilimitada capacidad para dar continuidad a la lucha en cualesquiera circunstancias, capacidad manifestada en su recuperación con renovadas fuerzas después de haber sido seriamente afectada. Se demuestra de esta manera que el enfrentamiento es una alternativa cierta con alta probabilidad de éxito.

La acción revolucionaria, entonces, trasciende a las masas populares y permea su conciencia. Todos estos factores engendran la práctica social de enfrentar y combatir el terror en relación con la liberación nacional y la revolución social.

b) Surgimiento de una propaganda efectiva

Al prestigio que va alcanzando el movimiento revolucionario al hacerse fuerte en el enfrentamiento del régimen de terror, se suma el prestigio que adquiere como representante de los sectores populares, al expresar sus más caros anhelos tanto políticos como sociales. Esto los llena de confianza y centran en este movimiento

¹⁴ Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA): Coyuntura, noviembre, 1978.

todas sus esperanzas del futuro. Logran convertir así la lucha contra el régimen en una necesaria alternativa y en una sólida convicción.

Como uno de sus objetivos fundamentales, las organizaciones revolucionarias se proponen la concientización de las masas, utilizando al máximo sus recursos materiales y humanos en una efectiva y creadora labor de propaganda y de agitación dirigida a demostrar la ilegitimidad, desprestigio y carácter virulentamente represivo del gobierno y el Estado guatemaltecos; denuncian su entreguismo y su contubernio con la reacción internacional —especialmente con el imperialismo norteamericano— como causa principal de los males del pueblo; demuestran la injusticia social que prevalece y el carácter de clase del terror que el régimen desata, haciendo comprender que éste no terminará sino con el fin de las clases que lo ejercen y de la estructura de la sociedad que lo posibilita.

Gran importancia cobra, por otra parte, la pérdida de credibilidad que reiteradamente viene afectando al Estado guatemalteco.

Estos factores determinan que se imponga con extraordinaria fuerza la propaganda revolucionaria en las masas, en su enfrentamiento a la intoxicación informativa de los medios oficiales, crean una amplia conciencia de la inevitabilidad de la lucha en todas sus formas y logran un criterio de estricta unidad y frente único.

c) La organización que engendra el movimiento revolucionario

Se ha puesto énfasis y celo particular en la organización de los sectores populares.

Ya se dijo antes que el impacto por el golpe de terror es menor en aquellos que están mejor organizados.

La organización le da al individuo la posibilidad de compartir normas, valores y actitudes que, al proporcionarle una unidad a las orientaciones valorativas, producen una fuerte cohesión ideológica de todo el grupo y le imprimen una mayor fuerza a la acción colectiva.

La organización también ofrece cierta protección y autodefensa, ya que desarrolla medios de seguridad clandestina, además de que brinda un apoyo mutuo que posibilita bajar los niveles de indefensión de los participantes.

Por último, según la naturaleza y fuerza de las organizaciones, éstas devienen medios protectores fundamentales para amortiguar o suavizar las consecuencias indeseables que el estado de temor evoca. De acuerdo con George Caplan,¹⁵ los sistemas de apoyo social pueden operar de dos formas fundamentales: bien recolectando y almacenando información, orientando al individuo para encontrar vías para conducirse, o bien ayudándolo a interpretar los problemas que enfrenta. El estudioso plantea que en ambos casos el apoyo aumenta la fuerza del individuo.

Pero no sólo cuando se integra al grupo el sujeto gana en seguridad. Ya antes de su pertenencia, cuando se identifica plenamente con la organización y abraza su causa, le llega el aliento como un apoyo y se siente más seguro.

¹⁵ Caplan. George: “Sistemas de apoyo” En: Actualidad en Psicología, vol. 2, no.1, 1980. MINSAP, Cuba.

La confianza que surge en la organización, junto a la alternativa de lucha que promueve, hace que el individuo se entregue a plenitud al combate contra el sistema.

3. FACTORES RELATIVOS AL SUJETO

a) Cambio y consolidación de las orientaciones valorativas

La determinación y la regulación de la conducta social del hombre constituye uno de los aspectos más importantes en el campo de la psicología social y ciencias afines. B. A. Yadov,¹⁶ un prestigioso autor contemporáneo, considera como base fundamental de la actividad social humana no los mecanismos aislados, sino un sistema jerárquico de disposiciones con un nivel superior que está constituido por el sistema de orientaciones de valores, el cual, a su vez, está determinado por la relación entre las necesidades de la personalidad y las condiciones en que esta última se realiza.

El papel regulador de los distintos niveles de la jerarquía disposicional es distinto, de tal modo que los niveles superiores son determinantes respecto a los inferiores. Esto significa que los niveles inferiores de la jerarquía se reorganizan para asegurar complementariamente la realización de la actividad en cuestión, regulada por el nivel disposicional más alto; o sea, por las orientaciones valorativas.

Los valores representan el consenso del grupo, clase o sociedad sobre los fines o metas sociales y las correspondientes conductas.

Los valores constituyen el reflejo en el individuo del sistema social en que vive, de la ideología dominante. Comprenden actitudes sociales que permiten evaluar cualquier aspecto de la vida social ejerciendo funciones motivacionales y normativas de la conducta de los individuos.

La inserción del individuo en diferentes esferas de la vida y actividad sociales determina en él la aparición de diferentes necesidades y disposiciones según la relación con los fines y objetivos más cercanos y más alejados.

La paulatina toma de conciencia de los rasgos sociopolíticos fundamentales de la sociedad guatemalteca, la comprensión del origen y las causas de la agudización de las contradicciones entre las clases, el desprestigio y corrupción del régimen, hacen comprender a los individuos que la explotación y la violencia no acabarán sino cuando desaparezca el régimen imperante.

Esta toma de conciencia genera una nueva orientación de valores en la que aparece en primer plano la necesidad de una justicia social y de transformar las estructuras. Esto explica porqué el individuo es capaz de elevarse de lo meramente personal a lo de valor social, y cómo lo socialmente impactante pasa a ser de importancia personal. La preocupación por el destino de todos se convierte en parte de la naturaleza personal y “lo íntimo” se subordina a los intereses más generales de la sociedad. El hombre, entonces, persigue en estas condiciones los objetivos sociales más alejados, cuyo logro constituye un cierto plan de vida al que se somete cualquier otro interés o inquietud de naturaleza puramente personal.

¹⁶ Yadov, B. A.: “Acerca de la regulación disposicional de la conducta social de la personalidad”. Folleto mimeografiado, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

CONCLUSIONES

Hemos visto cómo la clase dominante, al ver en peligro sus privilegios —a las que, naturalmente, se aferra—, recurre a la dominación física por la fuerza a través de su instrumento (el Estado) allí y donde el control ideológico ya no es posible. Aparecen entonces regímenes de terror cuyo contenido puede devenir estrategia especial de represión y convertirse en la médula del ejercicio del poder del Estado, como ocurre actualmente en Guatemala.

Sin embargo, sabemos que el terror, por muy descarnado y por muy brutal que sea, no logrará sus propósitos finales. La revolución social se origina en factores objetivos ajenos a la voluntad de los hombres. Las contradicciones de clase, base fundamental de la aparición del terror, no desaparecen sino a través de transformaciones estructurales profundas, y todos los pueblos, objetivamente, tienden a lograr esos objetivos.

Ante el desafío del terror, al Estado no le queda otra alternativa que elevar cada vez más las dosis de violencia y represión, si quiere mantener en pie el sistema. Ya no puede dominar de otra manera, aunque esta forma de dominación lo vaya llevando hacia su mismo despenadero.

En su práctica obligada el terror va degenerando y se hace cada vez más brutal. De una estrategia monstruosamente refinada, se torna una práctica chapucera. Así, se elevan a valores altísimos la intensidad de los ejercicios terroristas y se hace en realidad prácticamente arbitrario el cobro de víctimas. Estos factores, como ya vimos, conspiran contra la efectividad de la política y operan a favor de las fuerzas revolucionarias.

Además, la propia permanencia del movimiento revolucionario —que se amplía y va ganando en fuerza y organización—, determina en el pueblo la aparición de una esperanza por la victoria y estimula el desarrollo de una alternativa de lucha contra el régimen. Pero la “degradación” obligada del proceso de terror no es el único factor, ni la causa fundamental, que determina el hecho de que se vuelva inoperante.

En la propia fundamentación de la política han cometido un grave error. Si bien es cierto que a través de las acciones terroristas logran diseminar cierto nivel de temor generalizado en la población, su falla radica en que el temor no necesariamente inhibe la acción consecuente. El desconocimiento de los mecanismos internos de la actividad social del hombre los ha llevado a descartar factores importantes.

La existencia de valores ideológicos que mediatizan cualquier otra tendencia de la personalidad —incluso tendencias regresivas provocadas por miedo a un castigo—, llevan al sujeto a adoptar una postura y a tomar un camino de acción muy lejano al repliegue y al sometimiento. Sería sumamente aventurado plantear que los ciudadanos que luchan o quienes lo apoyan no sienten temor. El miedo debe existir, pero ya éste no dicta la última palabra. Las orientaciones ideológicas y valorativas estimulan sus fuerzas y permiten supeditar todo lo demás —incluso la propia existencia humana— a una convicción particular.

Cuentan que una vez, mientras Napoleón inspeccionaba sus fuerzas en las posiciones de combate, distinguió un soldado que tenía tal excitación que hasta las piernas le

temblaban. Al verlo en este estado, despectivamente el Emperador inquirió: “¿Qué, miedo?”, a lo cual respondió el soldado con atrevida arrogancia: “Sí, mi General; pero estoy aquí”.

Si bien todos los factores abordados pesan sobre la ineffectividad del fenómeno, en nuestro criterio el elemento decisivo que ha determinado la incorporación y el apoyo de la población al movimiento revolucionario es precisamente el desarrollo, a lo largo de todos estos años, de un sistema valorativo que incluye como contenido fundamental la necesidad de la transformación social de la sociedad guatemalteca. Es preferible un final de horror que un horror sin final.

El resto de los factores analizados constituyen sólo explicaciones complementarias. El error fundamental de los diseñadores de la política de terror consiste en considerar como responsables de la conducta del hombre sólo mecanismos aislados, sin tener en cuenta otras determinaciones y sobretodo, su integridad.

Además de todo esto, las reacciones emocionales de miedo pueden evolucionar en el tiempo respecto a un mismo fenómeno. Comoquiera que los valores sociales son siempre clasistas, la situación de violencia y terror se contrapone al sistema valorativo de una u otra clase, evocando emociones distintas en una u otra desde la compasión del pequeño burgués hasta el odio de clase del proletariado.